

LA ESTANTERÍA

La memoria es un disfraz que se descose con el tiempo

MARTA SAN MIGUEL

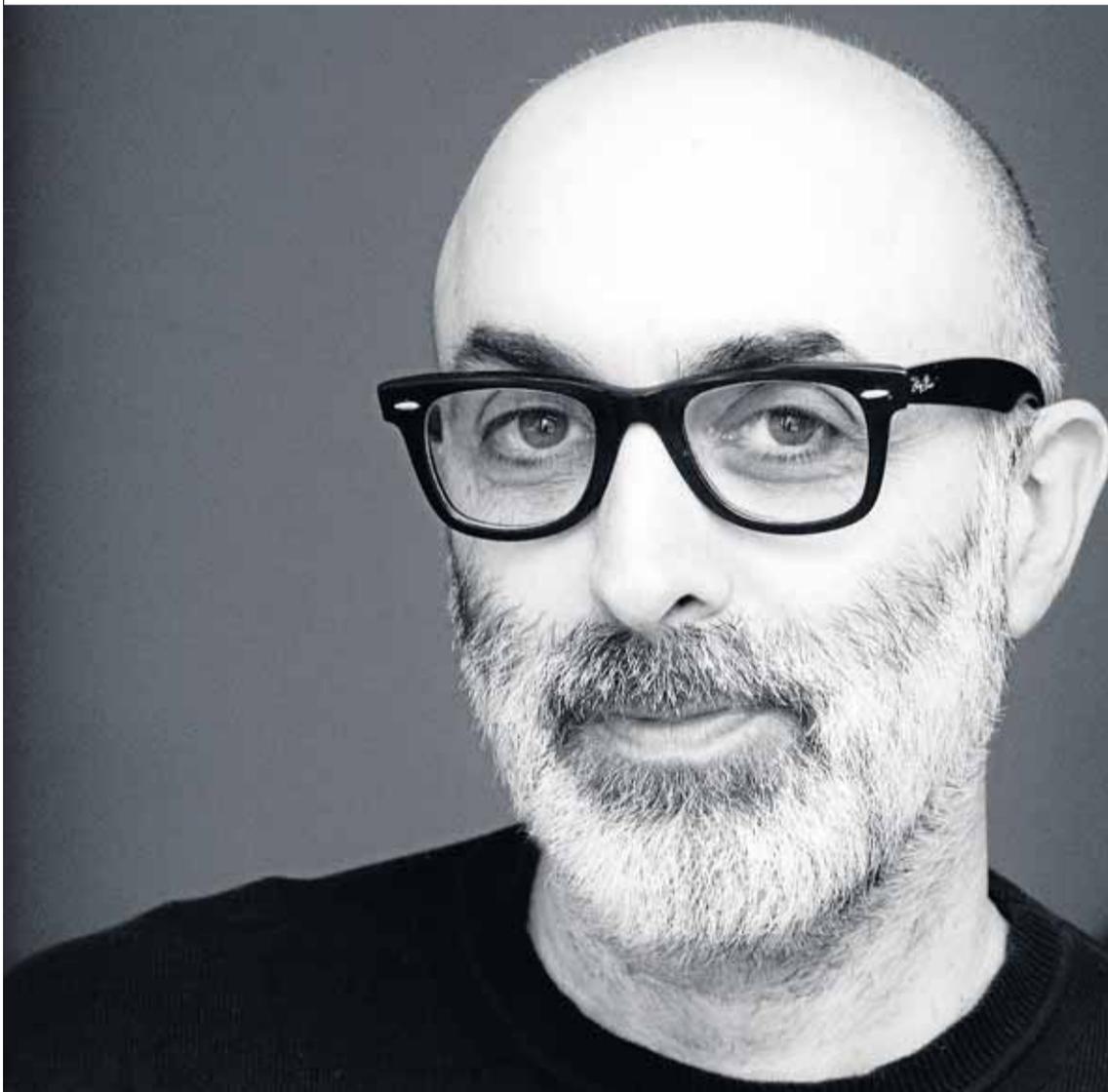


Pongamos que están en un auditorio. ¿Qué ven cuando miran a un grupo de personas en un escenario sentadas en una mesa? Ante ellos están esas cartelas erguidas con su nombre, y en el programa de mano se leen esos mismos nombres y los renglones de su historia académica, literaria, vital, es decir, las razones por las que llevan micrófonos de corbata. Pongamos el caso de que ese auditorio está en Japón y que ahí se celebra un congreso de escritores libaneses. Sólo libaneses. Esa concreción identitaria es el escenario donde Eduardo Halfon (Ciudad de Guatemala, 1971) inicia su mecanismo literario: «Llegué a Tokio disfrazado de árabe», dice en la primera línea de su novela 'Canción', y lo que viene después es ponerle micrófono de corbata durante 128 páginas a los disfraces que llevamos.

'Canción' (Libros del Asteroide) es como un circo con tres escenarios que Halfon dirige simultáneamente: el secuestro de su abuelo —un comerciante judío y libanés— por las Fuerzas Armadas Rebeldes de Guatemala; la historia política de su propio país al que tilda de «surrealista», y el mencionado congreso literario de Japón. Entre todo, la memoria del autor, cuyos recuerdos funcionan como personajes llenos de cuerdas involuntarias que tiran de la narración y, a la vez, sostienen a los fantasmas que forman parte de su familia aunque no estén en portarretratos, ni en la mesa donde se cena, sino en las portadas de los periódicos de una guerra civil. El peso vital de esas 'presencias' traza la biografía hasta el punto de que Halfon se sirve de ellos, en concreto de 'Canción', apodo de uno de los secuestradores de su abuelo, para poner en marcha una narración trágica sobre la propia identidad que se lee con una indisimulada sonrisa.

Con ese gesto de funambulista de la autoficción que adopta Halfon en sus textos, el autor se sirve esta vez del contexto político de su país en los años setenta para avanzar hacia la concreción del yo, con un relato fragmentado en escenas que podrían funcionar de forma independiente. Y como siempre que hurga en sí mismo, no lo hace solo. En ese circo de escenarios, el más difícil todavía lo ponen dos presencias femeninas que hacen avanzar la función. Por un lado, una mujer japonesa que conoce en el congreso y que ya era

'Canción'. El secuestro de su abuelo por la guerrilla de Guatemala sirve a Halfon para indagar en la identidad con una historia dramática que se lee sonriendo



Eduardo Halfon retoma en 'Canción' la narrativa sobre la identidad de sus obras anteriores. FERRANTE FERRANTI

familiar para sus lectores ('Aiko', presente en 'Signor Hoffman', también en Asteroide), y en segundo lugar, la misteriosa mujer del gaban rojo, o el mito de la guerrilla en la memoria de un niño que descubre la belleza y la atracción por primera vez en un restaurante de parrilla. Entre ellos, personajes que en apenas un instante dejan su destello; la guerrillera Miss Guatemala, los cuidadores del secuestrado, el abuelo de Aiko (otro superviviente, esta vez de Hiroshima), la secretaria que entregó el dinero del rescate. Con todos ellos jugando su papel, la novela nos propone preguntarnos cómo convive la memoria con nuestra actitud ante el recuerdo: «Si el que una vez mató, cualquiera que haya

sido su motivo, es ya para siempre un asesino, ¿qué es el que una vez secuestró y torturó?», dice.

¿Quién lo cose?

La novela funciona como un metraje cinematográfico, simultaneando secuencias temporales debajo de las cuales late la escena de un bar donde el autor espera a alguien. Y esa espera está latente mientras la trama sucede página a página, por los tres escenarios y las dimensiones del tiempo, como si hubiera respuestas; una ansiedad por saber la verdad cada vez que alguien abre la puerta del bar y la persona que entra no es la que uno espera.

Como ya hizo en 'El boxeador polaco', 'Duelo' o en 'La Pirueta'

(con la que ganó el Premio de Novela corta 'José María Pereda', convocado por el Gobierno de Cantabria, en 2009) la autoría biográfica vuelve a quedar sepultada por la propia narrativa: deja de importar el morbo de la primera persona del singular, porque otra verdad suplanta el interés de lo que cuenta el guatemalteco, experto enredador de vivencias que no parecen llevar a ningún sitio y, sin embargo, confluyen donde siempre: la identidad es un disfraz, pero ¿quién lo cose?

En esa mesa, en ese congreso de escritores libaneses en Japón donde empieza 'Canción', empieza también la deconstrucción de la línea temporal como forma de



'CANCIÓN'
EDUARDO HALFON
Género: novela. Editorial: Libros del Asteroide, 2020.
128 páginas.

La novela funciona como un metraje cinematográfico, con breves escenas que fragmentan la historia

explicarse uno mismo quién es, de dónde viene y qué narices hace ahí sentado, ante rostros que piden un refrendo de su teoría identitaria, mientras el propio Halfon busca en su interior la resonancia que lo valide. Y le acusan de impostar, claro, cuando en vez de hablar de lo previsto —Líbano o sus implicaciones literarias— cuenta la anécdota de un ganadero de Guatemala que tuvo que huir con sus vacas para salvar la vida. Y algo se rasga. Y hablan de él, en su presencia, pero sin mirarle; construyen su identidad alzando la voz, agraviados por estar ante un fingidor; y él escucha esa versión de sí mismo y la asume mientras su disfraz se hace jirones.

Alguien dice entonces que Halfon, cuando escribe, «todas sus historias parece extraviarse y no llegar a ninguna parte», a lo que él añade: «Yo no dije nada, aunque pude haber dicho que el fotógrafo Cartier-Bresson, para determinar el valor artístico de una de sus imágenes, siempre la volteaba de cabeza y la miraba al revés». No dijo nada de Cartier-Bresson, pero sí toma la palabra, alza la voz hacia el micrófono y enlaza frases porque en el relato está el gesto defensivo. Y en el mero hecho de contar es como si el programa de mano se volviera a poner terso en las manos de los allí presentes, como si la identidad alcanzara su cenit de verdad en la ficción que nos contamos. Eso nos dice Halfon una vez más, mientras convive con esa narrativa identitaria como mejor puede, buscando paralelismo en los abuelos de los demás, en abuelos polacos, en músicos serbios: buscando en su propio nombre la clave de bóveda que sostiene todo, incluso la cartela en un auditorio de Japón.